



El maestro Caballero y su hijo Mario.

Cortés se apoya para no caerse en la noche triste, y tantos otros como podrían citarse, son también conocidos.

Pero uno nuevo, nuevo en cuanto a su estudio, porque se trata precisamente de uno que aventaja en antigüedad a todos los conocidos hasta hace unos días, es un *eucaliptus* que, sin conocerse su mérito, ha sido derribado en Carly (Alemania).

Carly, cuyo nombre se debe a su fundador, un acaudalado escocés, es una pequeña aldea, en la que, sin embargo, existen bellísimos y confortables hoteles. A la circunstancia de hallarse pasando una breve temporada un ilustre botánico, Legrathe, en una de aquellas villas, que es de su propiedad, se debe la feliz casualidad de haber sido descubierto este árbol cuasi eterno.

Cortado, después de improbos trabajos, a la sierra y el hacha, y destinado a convertirse en leña y ser consumido por el fuego, el sabio, que paseaba por el monte, echó de ver, desde luego, una especial rugosidad en la corteza y sequedad en muchos puntos de sus ramas.

Mandó cortar por varias secciones el tronco, y bien pronto se pudo convencer de que no estaba equivocado; los anillos del mismo, que corresponden a otros tantos números de años, como corresponden los dientes en el caballo y la vaca a la edad del animal, le demostraron que la antigüedad de aquel hermoso ejemplar no bajaba de tres mil años.

Estos anillos, a los que da lugar la superposición de capas al nutrirse el árbol, pueden perfectamente indicar el tiempo que lleva de existencia.

Estudiado después por otros hombres de saber, a quienes el descubridor dió cuenta de su hallazgo, resulta, en efecto, que el ya muerto definitivamente y famoso *eucaliptus* debía contar muy cerca de cuatro mil años.

Al museo de ciencias naturales de Berlín han sido enviados grandes trozos de las cortezas y siete cortes de un centímetro de espesor del árbol que se cita.

Como se ve, este es el árbol más antiguo de los hasta hoy estudiados.

Es un veterano de la arboricultura.

Ptolomeo.

ECOS DEL MUNDO

El Melbourne.—Sociedad exploradora australiana.—No hay que decirlo.—Expedición peligrosa.—*El alikandi.*—Lo que es.—Lo más alcohólico.—*El summum.*—Una ciudad de beodos.—Causas probables.—Mucho metal.—Bebida nacional.—*«El» ó «la?».*—Eche usted grados!—Una planta rara.—A todo hay quien gane.—¿Ustedes gustan?...

En Melbourne, la capital de la provincia de Victoria en la Australia, fundose hace unos cuatro años, por acciones, una Sociedad geográfica exploradora, cuya principal misión era la de llegar a las regiones centrales de la gran isla, estudiando y reconociendo de este modo los extensos territorios que, a pesar de los grandes adelantos de la ciencia moderna, todavía se desconocen tanto como las grandes extensiones de los polos austral y boreal y el centro del continente africano.

No es preciso decir que, siendo la indicada sociedad de Melbourne, la mayor parte de sus accionistas eran holandeses é ingleses. Pues bien, diez de éstos a las órdenes del profesor Daylor-Fog, del instituto de Sidney, acaban de regresar de una fatigosa y peligrosísima expedición al interior de Nueva Holanda, de la que actualmente se están ocupando la mayoría de las Revistas científicas europeas y americanas.

Muchos y a cual más curiosos son los datos y observaciones que los atrevidos viajeros han podido realizar durante los seis meses que ha durado su excursión; pero prescindiendo nosotros de las que puedan revestir un interés marcadamente científico, recogeremos una, sumamente curiosa, que se refiere al *alikandi*.

¿Qué significa tan extraña palabra, que nada de común tiene con las voces neerlandesas ni anglosajonas?

El *alikandi* no es sino la bebida preferida por los salvajes del centro de la Australia, observación que no pasaría de una mera curiosidad, pues en todas las regiones, civilizadas ó no, los habitantes muestran su predilección por un determinado líquido, sino resultar, según los estudios y análisis llevados á cabo en el mismo Melbourne, que ésta es la bebida más alcohólica de cuantas se conocen y emplean en el mundo.

En efecto, Daylor-Fog y sus compañeros, que á pesar de sus audaces propósitos no lograron llegar al centro del llamado *Novísimo Continente*, pudieron llegar á una de las regiones próximas á él, encontrando en una de las tribus establecidas al Sur de los *Montes Azules*, cerca de las orillas del Gran Murray, cuyos habitantes son antropófagos, el *summum* del desarrollo del abuso del alcohol.

No faltó quien entre los audaces exploradores, atribuyese la existencia (de aquella verdadera ciudad de alcoholizados á los pantanos que forman algunos afluentes de Murray, cuyos sedimentos son arenas metálicas; al suelo, escaso de substancias alimenticias y rico en metales, y al clima mismo; pero pronto pudieron observar que, la causa de aquel fenómeno, era la bebida popular *el ó la alikandi*, pues ambos géneros tiene en el dialecto de al tributo, y que esta poseía hasta un extremo increíble la fuerza alcohólica.

Posee, en efecto, esta bebida, de un sabor agrídulce especial, nada menos que 93 grados de alcohol puro por 100, es decir, que excede en unos 25 grados á los alcoholes y substancias compuestas con el que se fabrican en Europa y que no habría garganta de ciudadano civilizado capaz de resistir una copa de este extraño licor.

Hasta ahora desconocese su fabricación; pero se sospecha que sea obtenida por la destilación de ciertas raíces allí conocidas con el nombre de *labia*, tubérculos muy ricos en alcohol y descubiertos también recientemente.

Sea como quiera, el hecho es que ya hay un pueblo que aventaja á Londres en lo de comer carne y beber alcohol.

La tribu australiana que bebe *alikandi* y come... carne humana.
Doctor Traveller.

EL GUANTE

Salió del teatro y tras ella salió yo, dispuesto a seguirla hasta el fin del mundo, si era preciso, pero con el firme propósito de saber quién era.

Anduvimos un rato; llegaron a la puerta de un café; pasó la señora que la acompañaba, y

que parecía ser su madre; entró ella, y ya que vi dónde se colocaron, penetré yo, ocupando la mesa próxima a la que ellas tenían. Vino el mozo, pidieron unos helados, y mientras los servía, mi incógnita se quitó los guantes.

Trajeron los sorbetes, yo pedí no sé qué, y estando mirando aquella cara hechicera, vi que uno de los guantes había caído al suelo. Lo acerqué con el bastón, dejé caer sobre él mi pañuelo y con mucho disimulo cogí aquel pedazo de cabritilla, cuyo contacto puso todos mis nervios en tensión. Era de color heliotropo, tenía dentro el número 22, exhalaba un delicioso perfume y era digna cárcel de aquella mano redonda y bien modelada que yo me complacía en contemplar; seguí observando y vi que á aquella mano seguía un brazo, cuyos contornos no pude apreciar por la abundante cantidad de no sé qué tela, que en forma de manga lo envolvía, pero el brazo estaba unido á un busto perfectamente delineado, sobre el cual se ostentaba una cabeza bonita y picaresca.

Con el guante en la mano y los ojos fijos en su dueña, ni tomé lo que había pedido, ni pude apreciar el tiempo que permanecimos en el café.

Llegó el momento de salir, y al levantarse las dos señoras, la más joven me dijo con voz melodiosa, mientras sus labios se plegaban con una sonrisa:

—Caballero, ¿me hace usted el favor de mi guante, que me lo voy á poner?

Mi rostro tomó el color de la grana, y turbado, sin saber qué decir, entregué aquella prenda, que hubiera deseado conservar y de la que yo creía haberme apoderado con tan grande habilidad.

Salieron del establecimiento, y yo, tenaz en éste como en todos mis propósitos, seguí tras ellas. Después de recorrer varias calles, las vi entrar en una casa, cuyo número apunté, y fuíme á dormir, dejando para el día siguiente la continuación de aquel idilio.

Mi sueño de aquella noche se vió turbado por multitud de fantasmas; siendo lo raro que todos ellos llevaban un guante de color heliotropo y un número 22 en la mano.

Al otro día, y durante muchos de los siguientes, no tuve otra ocupación que pasearme por enfrente de los balcones de mi bella desconocida, sin conseguir averiguar en

qué piso vivía ni nada que á ella se refiriese.

Por fin, una noche, al cabo de quince ó veinte días, sentí abrir un balcón, mire y vi en él al objeto de mis afanes. Estuvo algún tiempo asomada, después se internó en la casa, dejando los cristales abiertos, lo cual me hizo creer que volvería. Con efecto, volvió, y casi al mismo tiempo que cerca de mí caía un objeto, sentí el ruido de la falleba al cerrarse.

Me incliné para ver lo que había en el suelo, y cuál no sería mi sorpresa al reconocer el guante que, por casualidad, había estado otra vez en mi poder. Lo recogí y me fui precipitadamente á mi casa.

La impaciencia me devoraba. Aquello, indudablemente, era una prueba de amor, ó, por lo menos, constituía una demostración de simpatía y una esperanza.

Aquella mujer hechicera había comprendido, con la perspicacia propia de su sexo, lo que pasaba en mi corazón y se adelantaba á mis pensamientos.

¡Mujer angelical!

Entré en mi cuarto lleno de alegría. Mis sienes latían con violencia. Encendí luz, saqué del bolsillo el objeto de mis ansias, lo miré, deposité un sinnúmero de besos sobre la fina piel, hice todo género de demostraciones y locuras, y cuando ya, cansado de saltar y dar vueltas como un demente, me disponía á guardar mi tesoro, salió de su interior un papelito muy doblado, que cayó al suelo.

Lo desdoblé y leí en él lo siguiente:

«Amigo mío: Es usted un solemne majadero. Lleva un mes acechando, sin encontrar forma de llegar donde se propone.

»Empezó usted como hombre de mundo y termina como un colegial.

»Al principio me fué usted simpático, y creo que hubiera llegado á quererle; pero ya que tanto tiempo necesita para decir á una mujer que le gusta, puede buscar por el mundo un alma cándida que tenga paciencia para aguantarle.

»Guarde usted ese guante, que fué el principio de una historia, cuyo fin es éste, y que le sirva de recuerdo para ajustar su conducta en adelante.

Ana.»

Terminada la lectura de este extraño billete, me quedé pensativo, y después de largo rato de meditación, solamente me ocurrió exclamar:

—Hay que ser osado. Tiene razón: soy un imbécil.

Manuel de Castro.

LA ESQUILA DEL ALBA

Brilla en el cielo la indecisa lumbre de la nueva alborada, preludio de la vida que aparece; y en concierto las auras, melódicas canciones esparciendo y vibrantes girándulas, parecen repartir vagos rumores; de la noche pasada: Ecos dolientes de apagados ayes; misteriosas baladas que un reflejo de luna sorprendiera; trovas de amor al pie de la ventana, y un abismo de penas en el último cantar de la arrogante trinitaria.

Aún me parece verte, ruborosa, detrás de la ventana, aspirando mi amor, en el silencio de aquellas noches largas, bajo el dosel de un cielo llimado de estrellas que temblaban. Y llegan á mi oído aquellos ecos de la fiesta lejana, á cuyo son formara tu fingida pasión enamorada, endechas amorosas que alguna vez brillaron en tus lágrimas. Cantares andaluces parecían tus frases adoradas, al compás de perdidos rumores de guitarras, y como el eco amargo de una copla ahogábase el dolor en tu garganta...

La esquila está doblando por nuestro amor aquel, muerto del alma; débiles florecillas de tu reja que el olvido secura. ¿Oyes? Es la campana de la aurora; murmullos de plegarias que entonan en el alto campanario marchitas esperanzas; mariposas de amor que aprisionaste rompiéndoles las alas; suspiros que abandonan tu reja solitaria...

José Sánchez Rodríguez.